

CÉSAR ARÍSTIDES

NARRACIONES

1. STRIP-TEASE DE LA NOSTALGIA

Pocos son los testimonios de irrefrenable erotismo que forjan una amarga apología del desamor —porque aquí nombrar/situar/sitiar al amor es una invitación para consternarlo y hundirlo con mucha paciencia—, la apuesta está perdida de antemano por el carácter obsesivo, ante estos menesteres, del escritor; por su decisión al lanzar la moneda al aire con la pasión y la libido representada por los añicos, y esta sombría, terca posición, tiene sus frutos asaz maduros por las vivencias de aquellos privilegiados/deshdichados que han hurtado el cáliz de la desavenencia amorosa, aquellos elegidos que pueden trasladar todos los deseos a su morada de tactos, a su virtud taciturna de *voyeur*; Mario Enrique Figueroa sabe bien de eso y, cegado por una corsetería y lencería de procedencia extraña, se aferra por ir más allá: muertos y voces, clamor de los genitales, días desolados sin motivos del cuerpo y besos en regiones donde lo trémulo se ahoga en la tragedia.

Nacido en la Ciudad de México el año de 1946, crítico literario y de cine en diversas publicaciones, Figueroa apuesta por justificar la incongruencia del adulterio, su consabido estandarte de magia erótica incrustada en el patíbulo de la moralidad; alza su copa vieja y semivacia, sus últimos cigarrillos, por el robo implacable de la compleja razón que lo complementa, resumida en una fotografía hallada sin remordimientos en la habitación donde reposa la muerte; vengará socarrón su olvidada preferencia femenina, redimirá repletos vasos de licores turbios pensando en aquellos traslados de la pasión y la sublimación del éxtasis difuso. Figueroa exalta en sus historias las infortunadas entregas sexuales en público, el llamado proceder de los amantes, libadores de la resolución enmarcada por la soledad; divaga en este indescifrable complot del ajedrez pasional; se afana en observar esas pantaletas que prometen cauces albos y resuelven frustraciones momentáneas, rozará aquellos vellos frugales que se apostan bajo el vientre y resienten la resaca de una angustia húmeda, en penumbra, sin propuesta sensual y lúdica en nuestras copulaciones: es tiempo del sueño, indagar en las lágrimas y el sexo de la mujer que idealizamos, la recreación de espaldas tersas, la finura

de caderas y pantorrillas y entrepiernas, los límites de la espalda... para rememorar en el despertar, la tersura de la asfixia, la finura del engaño y los bordes del adormilado desprecio a nuestro amor necio, en la realidad violenta de nuestro resurgimiento en el abandono... Por todas las apuestas brindó el autor sin el menor pudor y sobresalto, alejado de la falsa duda del cuerpo y la conciencia objetiva.

Subsiste una peculiar virtud en *La reina enemiga*: se adorna con solemnidad y a hurtadillas de un erotismo discreto, diríase en algunos casos reprimido, se aposenta en un tablado poco iluminado y reanuda en sus líneas el despojo de prendas verbales, desnudez narrativa que teme a las resoluciones pero las asimila con calma y persuade al desprendimiento de la intimidad de la mujer. Este primer libro de Mario Enrique Figueroa editado por la prometedora Aldus —el autor anteriormente había publicado cuentos en diversas revistas y es coautor de un libro de relatos—, correctamente escrito con un estilo ligero y preciso, parco en sus definiciones, se atreve a besar zonas furtivas y cálidas de la narrativa moderna. Con carácter suple las posibles limitaciones estructurales y nos guía con helada sorpresa, desnudando, parsimonioso, a su reina, con sugerente, subyugante nostalgia.

Mario Enrique Figueroa: *La reina enemiga*, Aldus, México, 1993. 91 pp.

2. EL RECURSO DE LAS VOCES MUERTAS

Sin sitio para dudas, uno de los elementos vitales y dolientes que constituyen esta narración es el desencanto, la intensa tristeza de todos sus personajes, aun arrasando un espíritu malévolo, culminada por la frustrada unión de dos individuos marcados por la tragedia: una adolescente con defectos físicos que la muestran como un ser grotesco, maquillada en exceso —además— y vestida como un remedo de prostituta, seductora de un alcohólico condenado al *delirium tremens*, y la consabida muerte, pareja incapacitada para sortear los excesos; Cleotilde, la Chueca y Clemente, el Embrujado, se hallan rodeados por acontecimientos donde la zozobra es, a fuerza de manifestarse, una quebrantable forma de vida.

Nacido en la ciudad de Tijuana, Baja California, en 1965, Marco Antonio Samaniego se ocupa en esta novela, mediante soliloquios y declaraciones cual si fueran testimonios de sucesos ocurridos muchos años atrás, de los avatares comúnmente dolorosos que padecen los habitantes de un poblado en la región norte del país, donde marginación y melancolía funden sus esencias para narrar las vicisitudes de los lugareños y los peculiares fantasmas que rondan calles y casas; recorren estas páginas mujeres ansiosas por difundir embustes, taciturnos parroquianos de cantina, ancianas ciegas que se comunican con almas en pena eterna, vecinos atorados en la sentencia del dios confundido en pecado... siempre en una atmósfera seca, densa y agobiante, un clima de tensión árido que alimenta con su tradición embrujada y podrida, al olvido, a la promiscuidad.

Donde las voces se guardan, Premio Agustín Yáñez 1992 para Primera Novela, funda su eficacia literaria en una narración sobria con asomos de profundidad y acertadas voces regionales, silenciosa ambientación que nos lleva al ejercicio fantástico y mustio de Rulfo, o a la calamidad oteada desde la torre de la burla y el ingenio de Juan de la Cabada; con una anécdota bien elaborada que nos descubre la tragedia citada, la penuria latente de algún sector de nuestra frontera norte y el reto para el osado habitante de aquella región incierta. Al concluir la lectura queda un gusto amargo por el legado de los vivos confundidos con los muertos, y los muertos con ecos de vidas que nunca hallaron la calma y la gloria, cubiertos solamente por el polvo atosigante de la carente redención; condenados todos por maldecir a la Chueca, por azuzar la arrogancia moribunda de doña Virginia viuda de Tales, su madre; por mofarse de los hermanos de la enamorada sin gracia, quienes tienen que enfrentar, además, el desprecio hacia su supuesta sangre maldita por “el sofoque”. Padecerán todos, deambulando en la basura humana en busca de un rumbo milagroso, aunque sus santos se hallan marchado desde hace años, morirán con sus chismes y lujurias reprimidas, morirán de desamor. como aquel Juventino Segundo quien sufre por los amores de doña Virginia, mientras el pueblo celebrará en su quieto mirador de rabias y días vacíos, la muerte sin remedio del Embrujado, el aferramiento de la soledad en la enferma, y permanecerá absorto en ese estado mágico y devastador, despertando las palabras por temor al silencio de largas noches sin consuelo, perdidos en algún recodo, donde a pesar del recurso de las voces, el desencanto se yergue... ■

Marco Antonio Samaniego: *Donde las voces se guardan* (Premio Agustín Yáñez 1992), Planeta, México, 1993. 102 pp.